

LENGUAS ROMÁNICAS EN NAVARRA Y ARAGÓN EN LA EDAD MEDIA

Ricardo CIERBIDE
Universidad del País Vasco-Vitoria

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

En la creación del reino de Navarra se advierte, como afirma el historiador Ángel J. Martín Duque,¹ «una tradición enraizada en la antigüedad tardorromana, al bautizar una naciente monarquía con el nombre de la sede episcopal que desde tiempo atrás en la época hispano-visigótica venía organizando su soporte geográfico originario». A principios del siglo x, con Sancho Garcés (905-925), se entroniza en Navarra el linaje de los Semenones o Ximénez, dándose por concluidas las relaciones tributarias con el *Andalus*, y se inicia la reconquista con la toma de Nájera, Calahorra y Viguera (921-923), y con ella las primeras migraciones a estos nuevos espacios de contingentes navarros oriundos muchos de ellos de la zona centro-oriental del reino, de habla romance, y que se instalan en una zona primero densamente romanizada y latinizada, y más tarde romanceada.

Con esta expansión hacia el suroeste, la única posible en esos momentos,² los monarcas navarros intentaban romper el estrecho marco de su territorio montañoso, que correspondía aproximadamente al *Saltus Vasconum* de la época romana, poblado en su mayor parte por rústicos de habla vasca, y una minoría al sur, en torno al monasterio de Leire y Sangüesa, de expresión romance. De este modo se lograba solucionar el problema de dar salida a un exceso de población, asentándose en tierras más ricas y, lo que es más relevante desde el punto de vista lingüístico, mezclar

¹ Citado por Fortún, L. J., *Leire, un señorío monástico en Navarra (siglos IX-XIX)*, Pamplona, Departamento de Educación y Cultura, 1993, p. 19.

² El espacio sureste de la actual Navarra, con centro en Tudela, se hallaba formando parte del taifado de Zaragoza y, por lo tanto, bien defendido. Su ocupación por la monarquía navarra, dados sus escasos medios, era absolutamente imposible. En la campaña de la ocupación de La Rioja alta, el rey navarro contó con la decidida colaboración del rey leonés Ordoño II.

e integrar a una población navarra vascófona y románica con otra romanceada, como era la de los habitantes de La Rioja media y alta. La corte se instala en Nájera, adquiriendo La Rioja una mayor relevancia en lo político, cultural y económico sobre Pamplona-Iruña, capital originaria del reino. Este territorio, según José M^a Lacarra,³ no había llegado a islamizarse y probablemente solo contaba con algunos núcleos musulmanes estratégicos en Calahorra, Viguera, Arnedo, Nájera, etcétera, que Sancho Garcés se encargó de expulsar para asentar en ellos a poblaciones cristianas procedentes del reino pamplonés, poblando el valle de Ojacastro con vascófonos navarros y alaveses, que conservaron su lengua, al menos, hasta entrado el siglo XIII, debido a su ocupación pastoril y a su aislamiento.⁴

La importancia decisiva del monasterio de Leire en la conformación del reino se vio reforzada por la del nuevo monasterio de San Martín de Albelda,⁵ fundado por Sancho Garcés, y por el de San Millán de la Cogolla,⁶ regidos todos ellos por monjes, muy probablemente de habla romance. El mismo rey incorporó a su reino el condado de Aragón, que comprendía por el norte las tierras que se extendían desde los valles de Echo y Ansó hasta Canfranc, y desde la Canal de Berdún al Gállego por el sur. A la muerte de Almanzor (1002), el reino de Navarra se extendía desde Sobrarbe hasta Castilla, comprendiendo Aragón, Navarra y La Rioja, habitados por gentes de tradiciones y culturas diferentes. Con Sancho Garcés III (1000-1035) se incorpora al reino el condado de Ribagorza (1006), y la frontera aragonesa se fija en las fortalezas de Ruesta, Luesia, Agüero, Murillo de Gállego y Loarre y las sierras de Guara y Gabardiella.

Esta labor de expansión y afirmación cultural del reino, vinculada sin duda a la expresión romance, proseguiría con su sucesor en el trono, García IV de Nájera, quien, además de fundar Santa María de Nájera (1056), favoreció especialmente al monasterio de San Millán e inició la construcción del de Yuso, al que trasladó sus restos en 1053.⁷ A la muerte de Sancho IV en Peñalén (1076), despeñado por instigación de los ricos hombres de Navarra a manos de sus hermanos Ramón y Ermi-

³ Cf. Lacarra, J. M^a, *Historia política del reino de Navarra: desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, vol. I, Pamplona, Aranzadi, 1972, p. 163.

⁴ Cf. Lacarra, *op. cit.*, vol. I, p. 164, n. 84.

⁵ En tiempos del abad Dulquitio (ca. 924-951), el monasterio de San Martín de Albelda debía de contar con unos doscientos monjes y su escritorio era ya conocido, como lo atestiguan la copia de un códice que se hizo a Godescalco, obispo de Puy-en-Velay (951), y la redacción del *Vigilano* hacia el 976, donde se deja constancia de los textos fundamentales de la monarquía, así como de las artes, de los concilios toledanos, tratados de aritmética, etcétera. También en dicho *scriptorio* se redacta a fines del siglo X (992) un segundo códice, inspirado sin duda en el ya citado, donde se da muestra de una sorprendente apertura tanto a los saberes propios de la monarquía asturleonera como a los de la Europa de su tiempo.

⁶ En San Millán se redactaron, en los siglos X y XI, las bien conocidas glosas, sin duda con el fin de explicar o dar a conocer los textos latinos con la introducción de explicaciones en latín, romance y, puntualmente, euskera. La redacción en romance de muchas de ellas y el *éxplicit* del sermón de san Agustín constituyen la prueba inequívoca de la existencia de la lengua romance no solo en La Rioja, sino también en parte de Navarra.

⁷ Cf. Lacarra, J. M^a, y J. Gudiol, «El primer románico en Navarra», *Príncipe de Viana* (1944), p. 222. Asimismo favoreció otros monasterios, como Leire, Oña e Irache.

sinda, la frontera sur del reino estaba fijada por las fortalezas de Funes, Falces, Peralta, Caparroso, Ujué, Rada y Arguedas, quedando todavía en poder musulmán Valtierra, Cadreita y Murillo de Limas, que debieron pagar sus parias a Sancho Ramírez, quien a su vez las donó al monasterio de Saint-Pons de Thomières.

El asesinato de Sancho IV creó una situación límite a la pervivencia del reino, por lo que los ricos hombres designaron al monarca aragonés Sancho Ramírez, de estirpe navarra por ser nieto de Sancho el Mayor, para hacerse cargo del reino, lo que dio lugar a la unión de ambos reinos (1076-1134) en las personas de Sancho Ramírez, Pedro I y Alfonso el Batallador. Con la incorporación de Navarra, la capacidad ofensiva, ciertamente escasa, del aragonés se vio fortalecida, por lo que la actividad reconquistadora adquirió nuevo empuje tanto en Navarra como en Aragón, gracias a los nuevos recursos y a la conexión con el sur de Francia, al casar Sancho Ramírez en segundas nupcias con Felicia, hija del conde de Roucy. A la muerte de Muqtadir (1081), rey de Zaragoza, se resintió el poder islámico, de modo que el aragonés logró avanzar hasta Arguedas (1084) y Castellar en Navarra, y se apoderó de Ayerbe (1083), Estada (1087) y Monzón (1089) en Aragón. El reino que había heredado de su padre, Ramiro I, que no superaba los 4000 km², escaso en recursos económicos, con una mala red de caminos y núcleos de población pequeños y muy dispersos, al final de sus días alcanzó unos 10 000 km² con una población en torno a los 20 000 habitantes. Agradecido por la ayuda recibida para llevar a cabo su expansión hacia el sur, otorgó a Sainte-Foi de Conques las iglesias de Caparroso y Murillo el Cuende, y un año más tarde fundó el monasterio de Montearagón, al que concedió las iglesias navarras de Funes, Marcilla, Rada, Alesves (Villafranca), Peñalén, Milagro, Larraga, Unzué, Ujué, Olite, Pitillas, Santacara, Murillo el Fruto y Carcastillo.⁸ Como se observará, la práctica totalidad de los habitantes de estas villas, salvo los casos de Unzué y Ujué, serían de habla romance.

Muerto el rey en el asalto de Huesca (1094), le sucedió su hijo Pedro I (1094-1104), casado en primeras nupcias con Inés de Poitiers, hija del duque Guillermo VIII de Aquitania, y en segundas con Bertha, de origen piamontés. Prosiguió las conquistas por tierras del sur, ocupando Huesca con la ayuda del obispo de Pamplona y del abad de Leire y Barbastro, adonde trasladó la sede de Roda. Prosiguió su avance en Navarra con la toma de Milagro (1098) y el valle de Funes, repoblando Caparroso y Marcilla, quedando solo en manos del poder islámico Tudela y su comarca. Eclesiásticamente permanecieron dependientes del obispado de Pamplona las iglesias de Sos, Uncastillo, Biel, Agüero y Murillo de Gállego, junto con las de Luesia, Castellar y Sádaba.

Al morir el rey y dejar el reino sin descendencia, le sucedió su hermano Alfonso I, el cual estrechó sus relaciones con los condes de Perche y de Champagne, así

⁸ Cf. Lacarra, *op. cit.*, vol. I, p. 294.

como con sus amigos y parientes berneses y gascones. Ayudado especialmente por el vizconde Gastón de Béarne, casado con Talesa, prima del monarca aragonés, así como por el conde de Bigorre, los vizcondes de Miramont y de Lavedan y el obispo de Lesear, entre otros, tomó la ciudad de Zaragoza (1118) y un año más tarde la de Tudela. Poco después, en su marcha por completar la conquista del valle del Ebro y del Bajo Aragón, se apoderó de Tarazona (1119), Calatayud y Daroca (1120), Alcañiz (1124), Molina (1128) y Mequinenza (1132), dejando abierta la ruta de Levante. La repoblación de las tierras conquistadas la llevó a cabo con navarros y aragoneses y oriundos del otro lado de los Pirineos; de esta época datan los abundantes topónimos de navarros y aragoneses, por tierras y villas de Soria y la línea del Duero. En el corto periodo de medio siglo los reinos navarro y aragonés pasaron de 18 000 a 52 000 km².

La Navarra primordial u originaria de la región de Pamplona, que se extendía desde el corredor del Araquil hasta Sangüesa y abarcaba un espacio no superior a unos 5000 km², se vio ampliada con la ocupación de la Ribera Alta (unos 2400 km²) y la Ribera Baja tudelana (unos 1400 km²). Las gentes que se establecieron en estas zonas, de expresión romance, fueron desplazando a la población musulmana que había absorbido a la antigua población hispanorromana, como en *Cara* (Santacara), *Andelos* (Andión), *Cornonia* (Los Arcos), *Oligitum* (Olite), etcétera.

A fines del siglo XI, la sociedad navarra y la aragonesa, compuestas por guerreros y campesinos, se vieron ampliadas por acuerdo expreso de sus reyes con la creación de núcleos especializados en una actividad comercial y artesanal, generadora de riqueza. Sus nuevos pobladores, gracias a los fueros otorgados por sus reyes, se vieron dotados de unas libertades hasta entonces exclusivas de los señores y potentados, como las de comprar, vender y enajenar bienes raíces, disfrutar de garantías procesales que les permitían la salvaguarda de sus personas, domicilios y propiedades, así como dictarse sus propias normas para el gobierno municipal.⁹

Todo ello provocó la creación de una nueva clase social hasta entonces inexistente, la de los *burgueses* o *francos*, también llamados en Navarra *ruanos*, que se desarrolló de acuerdo a unas normas jurídicas muy precisas. El término de *burgo*, habitual en la primera época (1073-1134) y propio de las nuevas aglomeraciones, evolucionó al de *populatio* o *población* en la segunda mitad del siglo XII, y al de *villa-franca* a finales de dicho siglo. Este asentamiento de colonos *francos* procedentes del otro lado de los Pirineos, tanto en Navarra como en Aragón, respondió, según José M^a Lacarra, «a una política consciente, dirigida por sus reyes y muy especialmente por Sancho Ramírez y Alfonso el Batallador».¹⁰

⁹ Cf. Lacarra, *op. cit.*, vol. I, p. 314: «la necesidad de pobladores era grande y hubo que aceptar a gentes de las más diversas procedencias, como castellanos y gascones, que se instalaron en los territorios de la nueva frontera».

¹⁰ Cf. Lacarra, *op. cit.*, vol. I, p. 341.

EL ROMANCE NAVARRO

La sociedad navarra durante la Edad Media se expresó en dos modalidades lingüísticas diferentes: de un lado el euskera, hablado por la mayoría de la población del reino, y de otro el romance, este último en dos manifestaciones distintas, el occitano común en la Navarra peninsular, en sus variantes escrita y hablada —y gascón en la Navarra de ultrapuertos, probablemente solo escrito—, y el romance navarro.¹¹ A estas manifestaciones lingüísticas habría que añadir el árabe dialectal de los moriscos de la ribera tudelana y el hebreo de las aljamas hebreas de Pamplona, Tudela, Estella, etcétera. No parece que en el siglo XIII hubiera mozárabes, ya que estos se habrían asimilado para entonces con la población cristiana que había acudido a repoblar las villas del sur entre 1098 y 1119. El francés, del que se han conservado algunos documentos a partir de 1234 y sobre todo en la primera mitad del siglo XIV, parece que solo funcionó y de modo esporádico como lengua escrita en la cancillería real durante el período del reinado de la casa de Champagne (1234-1276) y durante el interregno en que Navarra fue gobernada por los lugartenientes de los reyes de Francia (1276-1350) hasta el acceso de la casa de Évreux con Carlos II.

A decir verdad, la casi totalidad de la documentación medieval navarra conservada tanto en el Archivo General como en los de las villas, monasterios y conventos a partir de 1220, en que se abandona el uso del latín como lengua escrita, está redactada en la variedad romance propia de Navarra. A diferencia de las diversas variedades románicas hispanas, como el catalán, el aragonés, el asturiano, el gallego y el castellano, que surgen como consecuencia directa del latín hablado sin apenas coexistencia con otras lenguas, el romance de Navarra se originó y coexistió en la vecindad inmediata de otra lengua, el euskera, de tipología totalmente distinta, y se expandió a costa de esta, especialmente a partir del siglo X. Todo da a entender que no hubo hibridación entre ambas, sino que permanecieron estructuralmente diferenciadas, dándose únicamente el trasvase mutuo de voces lexicales. La historia lingüística nos muestra que el romance se impuso en Navarra como lengua oficial del reino al menos a partir del siglo XIV, como se verá más adelante, debido muy probablemente al entorno romance en que se desarrolló su sociedad y a la necesidad de comunicarse en romance con sus vecinos, quedando el euskera confinado a una población más arcaizante y por ello más incomunicada.

Como muy bien afirma Fernando González Ollé, «a la vista de los hechos histórico-geográficos, en absoluto puede explicarse la situación resultante como debida a la invasión de una lengua alienígena»,¹² sino al producto de la evolución del latín hablado en una determinada región, con toda probabilidad en la zona centro-oriental

¹¹ Se entiende por *romance navarro* el dialecto románico propio de Navarra durante la Edad Media. Cf. González Ollé, F., *Gran enciclopedia de Navarra*, t. IX, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1990, pp. 493 y ss., s. v. *romance navarro*.

¹² González Ollé, F., «El romance navarro», *Revista de Filología Española*, 53 (1970), p. 62.

en torno al monasterio de Leire y a Sangüesa, en la periferia del dominio vascoparlante, ya que la latinización de la población de las tierras del sur, de la ribera tudelana particularmente, debió de perderse durante el dominio hispanoárabe, como pudo ocurrir en el valle medio del Ebro. Del examen de las noticias altomedievales, en particular de las relacionadas con la estancia de san Eulogio de Córdoba en los monasterios del nordeste navarro (852), se puede concluir que la existencia del romance en la zona era una realidad, siendo San Salvador de Leire su centro de prestigio más importante.¹³

Este profesor sostiene que el centro donde se originó y desde donde se expansionó el romance en Navarra debió de ser el monasterio de Leire.¹⁴ En la zona leyrense centro-oriental, que era la más romanizada y cristianizada del reino y no había sido arabizada, fue donde surgió la dinastía de los Semenones con Sancho Garcés I (905-925), y desde ella se lanzaron los navarros a la ocupación de tierras con la ayuda del rey asturleonés Ordoño II en 921-923, instalándose, como se ha dicho, de tal modo que fueron los Jimeno los que jugaron sin duda un papel decisivo en la generalización del romance navarro, muy probablemente similar al hablado en las tierras aragonesas de la Canal de Berdún y las Cinco Villas, que formaban parte de Navarra y que permanecieron vinculadas al obispado de Pamplona varios siglos, incluso después de la separación de ambos reinos.

El romance de las gentes navarroaragonesas, que se expandió por tierras de La Rioja media y alta con la conquista de la misma, debió de fundirse rápidamente con el habla mozárabe de la zona, y su uso adquirió prestigio en los monasterios de San Martín de Albelda y de San Millán de la Cogolla, así como en la corte najerense. Las propias *Glosas emilianenses*, del siglo XI, están redactadas más en consonancia con el romance de Navarra que con el castellano y constituyen la prueba de la existencia del romance como lengua hablada no solo del propio cenobio, sino también del pueblo. Esta realidad cultural extensiva a otras áreas hispanas y europeas, manifestada por escrito en códices y documentos escritos en latín medieval, deja entrever primero ciertos rasgos fonéticos y léxicos aislados, raramente morfológicos y sintácticos, y pasa a ser plenamente romance a principios del siglo XIII, coincidiendo con un mayor desarrollo de la sociedad medieval. En el caso de Navarra el testimonio más relevante es sin duda la redacción del Fuero General en romance navarro en la primera mitad del siglo XIII, frente al uso del latín, exclusivo de la redacción

¹³ Cf. González Ollé, *op. cit.*, p. 494, s. v. *romance navarro*: «en aquellos centros [monasterios de San Salvador y San Zacarías] tan influyentes en todos los órganos de la vida, había de balbucir ya el romance». A lo largo de los siglos X y XI el monasterio de Leire fue la abadía más importante del reino, «primum et antiquissimum iusque regium et præcordiale totius regni mei» (cf. Lacarra y Gudiol, *art. cit.*, p. 223), de tal modo que toda la política de los reyes de Pamplona del siglo X giró alrededor de este monasterio, como lo muestra la documentación conservada de esa época, que procede de la zona que se extiende en torno a dicha abadía y de los valles aragoneses próximos.

¹⁴ González Ollé, F., «La función de Leire en la génesis y difusión del romance navarro, con la noticia de su documentación», *Príncipe de Viana* (1997), pp. 653-707; (1998), pp. 483-522; (1999), pp. 757-821.

más antigua, del euskera, propio de una buena parte de los súbditos del reino pero falto de prestigio, y del occitano, específico de las gentes de los burgos de francos.

La sociedad navarra medieval optó por el romance cuando puso por escrito sus crónicas, Fuero y documentación, después de servirse del latín, que fue el instrumento del que se sirvió en la primera etapa, por ser esta la lengua escrita que venía utilizándose de manera ininterrumpida por la sociedad desde la antigüedad, a través de los formularios de época visigótica. El romance, en sus múltiples variantes, fue su sucesor natural en las zonas que habían sido intensamente romanizadas y latinizadas y que no habían perdido dicha identidad. Por el contrario, el euskera carecía de antecedentes como lengua escrita en lo relacionado con el ordenamiento jurídico, la administración y la cancillería real, así como de cultivo literario. Su uso quedaba restringido al medio rústico y pastoril, es decir, a los habitantes menos influyentes y prestigiados de la sociedad. A estas razones se podría añadir la necesidad de comunicarse de la corte navarra con las de su entorno peninsular o continental, todas ellas de habla romance. En realidad la lengua vasca les aislaba de su contexto, ya que su uso se restringía al componente más arcaico y menos influyente de su sociedad.

Su reconocimiento por la corte como *lengoage de Navarra* o *ydioma Navarre terre* se refleja en textos de la primera mitad del siglo XIV, como se advierte en las Actas de las Cortes celebradas en Olite en 1329, donde se dispuso la redacción de dos «publicos insrumentos [...] uno en *lengoage frances* a fin de que los dichos seynnores rey e reyna los entendiesen [...] e otro en *lengoage de Navarra*». Asimismo, en 1344 Pedro de Laquidiain, escribano de Pamplona, en una traducción del Fuero de Jaca (versión occitana), lo hizo *in ydiomate Navarre* para uso de la reina. Seis años más tarde Carlos II, con motivo de su coronación en la catedral de Pamplona, al dirigirse a los tres estados pronunció su juramento de respetar los fueros de sus súbditos *in ydiomate terre*. Atrás quedaba la consideración del euskera como *lingua navarrorum* de un documento de 1167, en el que los *navarri* no representaban a todos los súbditos del reino, sino únicamente a los habitantes de la cuenca de Pamplona, como se advierte en el propio Fuero.

RASGOS Y EVOLUCIÓN DEL ROMANCE NAVARRO

En su conjunto el romance navarro muestra una serie de rasgos similares a los del aragonés medieval, no así del altoaragonés, y ello se explicaría tal vez por la pertenencia del primitivo condado de Aragón a la monarquía navarra (905-1035), ya señalada,¹⁵ por la unión de ambos reinos (1076-1134), por la dependencia del

¹⁵ Cf. Lacarra, *op. cit.*, vol. I, p. 122, donde, refiriéndose a la incorporación de Aragón al reino de Pamplona entre el comienzo del reinado de Sancho Garcés y 920, advierte: «En suma, si el condado hacía tiempo que no mantenía lazo alguno de dependencia con la monarquía carolingia, ahora los va a anudar con una monarquía más próxima, la de Pamplona, la única que puede de modo efectivo proteger su integridad territorial».

arciprestazgo de la Valdonsella del obispado de Pamplona o por los lazos que unían a las poblaciones de ambos reinos, como lo muestran las numerosas iglesias navarras dependientes de Montearagón, etcétera. A decir verdad, esta unidad no fue constante, ya que a lo largo de la Edad Media, y muy en particular a partir del siglo XIV, el navarro se fue aproximando progresivamente al castellano, mucho más tempranamente de lo que lo hizo el aragonés del valle del Ebro y en particular el zaragozano. Mientras el aragonés en su modalidad escrita se mantuvo con sus rasgos propios hasta bien entrado el siglo XV, en los textos navarros del siglo XIV, junto a los resultados comunes /kt/ > [it]; /lj/, /k'lj/, /g'l/, /t'l/ > ll; /ult/ > [it], etcétera (*conceillo, ruello, muiller, dito, muyto*), es frecuente observar *dicho, mucho, ajeno, ermano*, idénticos a los castellanos. Se conservará más tiempo la *f-* y los grupos iniciales *pl-*, *cl-*, *fl-*, *gl-* como en aragonés (*planet, clamar, flamarada*, etcétera). Es decir, como señala Fernando González Ollé, el navarro experimentó una evolución similar, en parte, a la del castellano, el cual, a su vez, la aceleró hasta absorber al navarro, que carecía de una literatura propia, de núcleos urbanos capaces de generar una cultura propia y de recursos para el desenvolvimiento de su vida política independiente.¹⁶

Entre las divergencias que diferenciaron al navarro del aragonés se podrían citar la exclusiva diptongación de las vocales breves tónicas *é, ó* en [jé], [wé], frente a las variantes aragonesas [já], [wá] (*suarde, puande, ciarto*); o la no diptongación de las formas verbales *es, era* en navarro y su diptongación en aragonés *yes, yera*; la sonorización de las consonantes sordas simples intervocálicas en navarro (*cabra, cabeza, bediello*) y su conservación en aragonés (*crapa, capeza, betiello, forato*); la no existencia del morfema *-z* en la segunda persona plural o la terminación *-oron* del pretérito simple, etcétera. Otros rasgos, como la neutralización de *-r* y *-l*, la palatalización del grupo /tr/ o el uso del condicional por el imperfecto de subjuntivo en la prótasis de la condicional no son generales en Navarra, ni exclusivos. Asimismo, el habla de la ribera tudelana y estellesa presenta más afinidades con las próximas de La Rioja y del Ebro aragonés que con las del centro y norte, que muestran la presencia de vasquismos, como se advierte en el léxico de Pamplona y su comarca y de ciertas zonas de Tierra Estella y que se explicarían por la existencia de la lengua vasca en estas zonas hasta bien entrado el siglo XIX.¹⁷

EL OCCITANO EN NAVARRA

Entre la segunda mitad del siglo XI y primera del XII se advierten, por lo que respecta a Navarra y Aragón, dos corrientes inmigratorias de gentes procedentes

¹⁶ Cf. González Ollé, *op. cit.*, p. 496, s. v. *romance navarro*: «En la evolución del navarro se produjo una convergencia de evolución y una castellanización favorecida a no dudar por esta, sin que quepa hablar de una suplantación de una lengua por otra [...]. La relación y contactos con el castellano influyeron sobre el navarro en el sentido de acelerar su propia evolución».

¹⁷ Para consultar la bibliografía más fundamental sobre el romance navarro, véase González Ollé, *op. cit.*, p. 497, s. v. *romance navarro*.

fundamentalmente del sur de Francia (Rouergue, Quercy, Languedoc, Béarn y Provenza), en su mayoría de habla occitana. La primera se dio durante los reinados de Sancho Ramírez, poblador de Jaca (1063), Estella (1076-1090), Pamplona (1083), Rocaforte (1076) y Puente la Reina (1090), y su hijo Alfonso el Batallador, que oficializaría dichos asentamientos otorgándoles el Fuero de Jaca: Puente la Reina y Sangüesa en 1122 y San Cernín de Pamplona en 1129. Estas comunidades, acogidas expresamente por los citados reyes, privilegiadas con el otorgamiento de fueros y constituidas principalmente por cambistas, comerciantes y artesanos oriundos, en su mayoría, de Rouergue, Quercy, Languedoc, Béarn y Provenza, se agruparon en burgos con exclusión estricta de los naturales del país, nobles o infanzones, clérigos y villanos o «navarros», que podían alterar la armonía jurídica y económica de la comunidad «franca».¹⁸ El espacio ocupado por las gentes de estirpe vascónica, al servicio del cabildo catedralicio de los ricos hombres en Pamplona o de los burgueses en Estella, Sangüesa y Puente la Reina, pasó a llamarse *Navarrería*, y era gobernado por un preboste. Esta población, asentada en los citados núcleos del Camino de Santiago a su paso por Navarra y Aragón, se expresó tanto oralmente como por escrito en un tipo de occitano unificado, dada la diversa procedencia de sus gentes (Provenza, Languedoc y Béarn principalmente), como lo muestra la *scripta* conservada en Pamplona y Estella, con presencia de navarrismos y aragonesismos especialmente en Sangüesa y Jaca. Por lo que se refiere a Navarra, la densidad de población franca, su estado jurídico privilegiado y el estar separados y al mismo tiempo rodeados de hablantes monolingües de habla vasca fueron, sin duda, la causa de la prolongada permanencia de la lengua occitana (1234 – ca. 1380) y de su relativamente abundante documentación escrita, que supera los 700 documentos notariales, junto con las versiones occitanas del Fuero de Estella-Pamplona, los *Establismentz* de Estella y el poema *La guerra de Navarra*, de Guilhem Anelier de Tolosa.

La segunda corriente tendría lugar después de la conquista de Huesca, Zaragoza y Tudela con la repoblación del valle del Ebro entre 1118 y 1134.¹⁹ Esta última, muy probablemente numerosa pero sin continuidad en el tiempo, no tuvo

¹⁸ En el Fuero de Sangüesa (1122) se dice: «Et nullus homo qui habuit hereditatem in illo burgo vieillo [se refiere a Rocaforte] non volo ut populet in burgo novo, nec nullo infanzon de nostra terra». Y, refiriéndose a Puente la Reina, dice el Fuero: «Mando etiam vobis quod nullo infanzone non populet inter vos». Otro tanto se ordena para los burgos de San Martín de Estella y de San Cernín de Pamplona. Cf. Lacarra, J. M.^o, «Para el estudio del municipio navarro medieval», *Príncipe de Viana* (1941), p. 58, n. 33. Solo en algunos fueros como los otorgados a la población del rey de San Juan y del Arenal de Estella se dictan disposiciones autorizando a navarros el avecindamiento en los mismos, dando así comienzo a la hibridación de navarros y francos, si bien estos seguirían diferenciándose por el idioma, las costumbres y los apellidos, particularmente en Pamplona hasta comienzos del siglo xv, en que Carlos III decretó el Pacto de la Unión (1423).

¹⁹ Cf. Lacarra, J. M.^o, «Repoblación del valle del Ebro», en *La Reconquista española y repoblación del país*, Zaragoza, CSIC, 1951, pp. 65-83; «La repoblación de Zaragoza por Alfonso el Batallador», *Estudios de Historia Social de España*, 1 (1949), pp. 205-223; «À propos de la colonisation “franca” en Navarre et en Aragon», *Annales du Midi*, 65 (1953), pp. 331-342; «Los franceses en la reconquista y repoblación del valle del Ebro en tiempos de Alfonso el Batallador», *Cuadernos de Historia*, 11 (1968), pp. 65-80; id. y Á. J. Martín Duque, *Colección diplomática de Irache*, 1, Zaragoza, IEP, 1965; Alvar, M., «Mercaderes y soldados: los francos en Aragón», en *Variiedad y unidad del español*, Madrid, Prensa Española, 1969, pp. 97-128; Higouinet, Ch., «Mouvements de population dans le Midi de la France du xi^e au xv^e siècle», *Annales ESC*, 8 (1953), pp. 1-24.

consecuencias lingüísticas, ya que no gozó de una situación jurídica especial o privilegiada y, lo que fue más importante desde el punto de vista lingüístico, se encuadró dentro de una población autóctona de habla romance navarroaragonesa que pronto la absorbió. Otro tanto podría decirse de los «francos» asentados en Logroño, Burgos, Sahagún, León, Santiago, Toledo, etcétera, donde no se registra un solo documento redactado en occitano.

La notable diferencia entre el número de documentos redactados en lengua occitana en Navarra —particularmente por notarios de los burgos de San Cernín y San Nicolás en Pamplona, San Martín, San Juan y San Miguel de Estella, así como de Sangüesa y Puente la Reina, sin olvidar los procedentes de la catedral de Pamplona, de los conventos de Pamplona y Estella, y de la cancellería y el priorato de los sanjuanistas— y los 49 redactados por los notarios de Jaca²⁰ y la falta de textos literarios en Aragón, se debería no solo al mayor número de «francos» en Navarra y a su condición jurídica, sino también a su particular entorno lingüístico, que debió actuar como una barrera idiomática provocando entre los inmigrantes francos una reafirmación de su personalidad.

La afluencia de peregrinos y el consiguiente asentamiento de mercaderes en las villas navarras citadas, frente a su decaimiento en Jaca, iniciado con la conquista de Huesca (1096) y Zaragoza (1118) con el desplazamiento de la capitalidad del reino y reforzado por la separación de los dos reinos a la muerte de Alfonso el Batallador (1134), debió provocar que las gentes procedentes del sur de Alemania y del sureste francés que tomaban el camino de Provenza y penetraban en Aragón por Somport, con parada obligada en Jaca, una vez llegados a Oloron prefirieran continuar por la ruta que les llevaba primero a Saint-Blaise en Zuberoa y después a Saint-Jean, para seguir todos hasta Roncesvalles, evitando los puertos del Palo y de Somport, de más difícil acceso, así como el largo trayecto de Jaca a Sangüesa sin posibilidad de avituallarse o de hacer prosperar los negocios, frente al acceso más practicable del puerto navarro y las mejores posibilidades que les ofrecían poblaciones como Pamplona y Estella.

Los navarros que vivían en las villas y aldeas por donde discurría el Camino de Santiago, con gran probabilidad monolingües vascos, carecían no solo de conocimientos de la lengua para atender las demandas de los peregrinos y comerciantes, sino también de los conocimientos técnicos artesanales y administrativos necesarios para la producción de bienes y sobre todo de un estatus jurídico que les permitiera el ejercicio de dichas funciones.²¹ La conservación en estas comunidades del occita-

²⁰ Cf. Molho, M., «Collection diplomatique de Jaca: chartes occitanes (1255-1309)», *AFA*, xxii-xxiii (1978), pp. 193-250.

²¹ Cf. Berthe, M., «Relectura histórica de *La guerra de Navarra*», en *La guerra de Navarra de Guilhem Anelier de Tolosa*, vol. II, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995, p. 79, donde dice: «Las lenguas habladas por los burgueses, el occitano y el francés, eran en Navarra las lenguas de los negocios, las lenguas también de los peregrinos, en alguna manera las lenguas internacionales. Permitían a sus hablantes los conocimientos técnicos para la buena marcha de los negocios, particularmente frente a los navarros, que solo hablaban corrientemente el vasco o euskera».

no, que perduró desde fines del siglo XI hasta bien entrado el XIV, constituyó, como afirma Fernando González Ollé, «un fenómeno diferencial del antiguo reino, sin parangón con lo ocurrido en cualquier otro punto de la geografía española».²²

Cuando el estatus privilegiado de estas comunidades desapareció y terminó el flujo de inmigrantes ultrapirenaicos, la lengua occitana dejó de escribirse (ca. 1380), adquiriendo el romance navarro la categoría de lengua del reino y una mayor difusión especialmente en la administración. Similarmente a lo ocurrido en Huesca y Zaragoza, los francos afincados en Tudela y Corella no dejaron un solo testimonio escrito en occitano, sin duda por no constituir una población homogénea diferenciada de la autóctona del país, que se expresaba en romance. No creo que el hecho de que Guilhem de Tudela fuera el autor de la primera parte de la *Canço de la Croçada* permita afirmar que a fines del siglo XII hubiera occitanoparlantes entre los vecinos de la citada población, ya que, como es sabido, el poeta se trasladó a Montauban desde muy joven y fue en dicha ciudad donde pudo aprender la lengua de la región tolosana.²³

Del examen de los textos occitanos de Navarra²⁴ se deduce que la *scripta* medieval occitana, tanto notarial como jurídica, responde a un occitano estandarizado y unificado, resultado, como advierte Luis Michelena, «de la minimización de modos de hablar de las gentes del Midi»,²⁵ procedentes no solo de una determinada zona dialectal, sino de varias, como el limusín, el languedociano, el provenzal y el gascón, sin olvidar el de la Normandía o la región de París. Por idéntico motivo, dicho autor rechaza que tal lengua se equipare con el gascón, como en su día lo hicieron diversos autores sin haber realizado su estudio lingüístico.²⁶ En lo tocante a los *Estatutos y ordenanzas del priorato de Navarra de la orden sanjuanista*, dicho texto

22 Cf. González Ollé, *op. cit.*, vol. VIII, p. 163, s. v. *occitano*. Resulta manifiestamente exagerada la afirmación hecha por M. Molho en su obra *El Fuero de Jaca. Fuentes para la historia del Pirineo*, Pamplona, 1963, XI, donde dice: «En Navarra los burgueses de San Cernín, de Pamplona, de Estella o de Puente la Reina, reclusos en sus barrios y rodeados de grupos lingüísticos en su mayor parte vascófonos, conservaron su habla provenzal hasta fines del siglo XVI». El hecho de que tengamos un testamento fechado en 1564 redactado en *lengua carlina* y mandado hacer por Flandina Crozat en Pamplona (cf. García Larragueta, S., *Archivo parroquial de San Cernín de Pamplona*, Pamplona, 1976, Diputación Foral de Navarra, p. 113) no justifica la afirmación citada de M. Molho, ya que dicho documento es un traslado del original fechado el 26 de noviembre de 1346.

23 En el citado poema, donde se narran los hechos acontecidos con motivo de la guerra albigense (1209-1229), no se advierte rasgo alguno procedente del navarro, mientras que en *La guerra de Navarra*, redactada en Pamplona por Guilhem Atelier (1276), las grafías son navarras.

24 Cf. Cierbide, R., *Estudio lingüístico de la documentación medieval en lengua occitana de Navarra*, Bilbao, UPV, 1988; Colomina i Castanyer, J., «Aspectes de morfologia verbal en l'occità sud-pirineenc», en R. Cierbide (ed.), *Actes du IV^e Congrès International d'Études Occitanes*, vol. II, Vitoria, 1994, pp. 715-737; Holmér, G. (ed.), *El Fuero de Estella, según el manuscrito 944 de la Biblioteca de Palacio de Madrid*, Karlshamn, 1963.

25 Michelena, L., «Notas sobre las lenguas en la Navarra medieval», en VV. AA., *Homenaje a don José Esteban Uranga*, Pamplona, Aranzadi, 1971, p. 212.

26 Cf. González Ollé, F., «La lengua occitana en Navarra», *RDTP* (1969), p. 286, donde considera que «los documentos navarros en lengua ultramontana que he leído están redactados en gascón». Esta impresión, según dicho autor, se explicaría por la contigüidad de Navarra con el área lingüística gascona y con los hechos históricos. Idéntica opinión sostuvo en su día M. Molho.

fue redactado en la variante provenzal rodaniana, probablemente en Saint-Gilles, sede del gran priorato de Provenza.²⁷

Sobre las características lingüísticas de los textos occitanos de Navarra y que podríamos considerar como propias del occitano surpirenaico, Jordi Colomina i Castanyer (art. cit., pp. 715-716), considera que pertenecen a la variante navarra tanto el Fuero de Estella y los manuscritos B, C y E del Fuero de Jaca como el conjunto de los textos notariales y los *Establimentz* de Estella. Se caracterizarían fonética y morfológicamente por el paso de *-a > -e* en posición final, por los plurales femeninos en *-es* y las formas verbales en *-es* de la segunda persona singular del presente de indicativo de los verbos en *-ar*, así como por la tercera persona plural de dicho tiempo en *-en* y por los imperfectos en *-em* y en *-ez*.

EL ARAGONÉS

Como señala Eduardo Vicente de Vera, la implantación de los romances en el centro y oeste de la Europa mediterránea fue la consecuencia de la evolución del latín hablado, impulsado por una fuerza centrífuga, libre de sujeción culta en medio de una sociedad ruralizada.²⁸ Los pueblos que constituían el Imperio Romano occidental se fueron diferenciando lingüísticamente unos de otros, de tal modo que a fines del siglo X el mapa lingüístico romance al sur del Loira comprendía el occitano, el catalán, el aragonés, el navarro, el leonés y el gallego, junto con las hablas mozárabes preferentemente en el *Andalus*, el Levante, el valle del Ebro y muy probablemente el centro y sur de Portugal.

En lo referente a Aragón habría que distinguir dos zonas: la tierra llana, sometida al Islam (714-1118), y la zona montañosa, formada por la cordillera central pirenaica y sus estribaciones, que debido a su difícil acceso y a su resistencia a ser asimilada mantuvo un cierto grado de peculiaridad. La romanización del norte de Aragón fue más tardía que la del valle del Ebro y otras zonas peninsulares —sur y este preferentemente— y el hecho de contar entre sus gentes con algunas de habla preindoeuropea explicaría probablemente que se dieran en su habla ciertos rasgos que no se advierten en otras hablas peninsulares coetáneas, por ejemplo el catalán o el castellano, como la conservación de las consonantes simples oclusivas sordas intervocálicas (*ripa*, *capeza*, *forato*), o la sonorización de las consonantes sordas precedidas de *r* o *l* (*suarde*, *puande*, *chungo*).

El origen del llamado *altoaragonés* se explicaría gracias a la latinización tardía de las gentes que poblaban los valles pirenaicos. Su aislamiento, forzado por la configuración geográfica del territorio, el arrinconamiento de su sociedad y la ruptura de la

²⁷ Cf. Cierbide, R. (ed.), *Estatutos antiguos de la orden de San Juan de Jerusalén*, versión original occitana y su traducción, según el código navarro del AHN de Madrid (1314), Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999.

²⁸ Vicente de Vera, E., *El aragonés: historiografía y literatura*, Zaragoza, Mira, 1992.

unidad política preexistente, con su consiguiente pérdida de nivel cultural, provocaron su diferenciación lingüística y cultural con respecto al conjunto hispánico.²⁹ Los textos redactados durante los siglos XI y XII, como es bien conocido, lo fueron en latín, y por ello no reflejan la realidad lingüística del momento y solo de manera tangencial dan a entrever algún rasgo de la lengua real. Similarmente, los posteriores escritos en romance nos muestran una lengua forzosamente muy elaborada, tanto desde el punto de vista jurídico como científico o simplemente administrativo o notarial.³⁰

Como se ha indicado al hablar de los antecedentes históricos, a decir de José M^a Lacarra, «el escaso potencial humano del territorio heredado por Ramiro I obligó al mismo y a su sucesor, Sancho Ramírez, a mantenerse casi inmóviles ante la presión del islam hasta 1076».³¹ Solo tras la muerte violenta del monarca navarro Sancho IV, unificados ambos reinos y contando con mayores recursos humanos y materiales, pudo el aragonés iniciar la expansión hacia el sur. En su avance por el territorio aragonés ocupó Loarre (1076), Bolea y Ayerbe (1083), mandó construir la fortaleza de Montearagón (1086-1089), conquistó Estada (1087) y Monzón (1089), se lanzó sobre Huesca con navarros y aragoneses y pereció en su asalto (1094). En el corto espacio de tiempo de 1076 a 1134 el pequeño reducto pirenaico pasó a ser el segundo reino peninsular.

Lingüísticamente hablando, el romance pirenaico, diversificado según valles, se transformó profundamente a medida que la reconquista descendía hacia el sur, ya que tendió a unificarse como medio de comunicación de gentes agrupadas en núcleos mayores y absorbió las diversas aportaciones distintas a las pirenaicas originarias, como las hablas mozárabes, junto con las de origen occitano introducidas por los inmigrantes del sur de Francia.³² La propagación del aragonés hacia el sur trajo consigo ciertos procesos niveladores al despojarse de los localismos pirenaicos. Con la unión de Aragón con el condado de Barcelona en las personas de Peronela, hija de Ramiro II, y el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV (1137), se instaló en la corona el plurilingüismo, ya que junto al aragonés se habló el catalán y a partir de las conquistas de Jaime I (1225-1245) se expandieron ambos por tierras de Levante. A estas dos lenguas románicas se añadirá el occitano en la ciudad de Jaca, como se verá más

²⁹ Cf. Frago Gracia, J. A., «Las lenguas de Aragón en la Edad Media», *BRAE*, LXXI (2001), pp. 465-478.

³⁰ La *scripta* medieval aragonesa no es homogénea, como se pudiera pensar, ya que los textos altoaragoneses anteriores al siglo XV (cf. Navarro Tomás, T., *Documentos lingüísticos del Alto Aragón*, Syracuse UP, 1957) presentan las variantes *plegoron*, *costoron*, *costón*, etcétera, frente a los de Zaragoza, donde se documenta por ejemplo *mostraron*, *rogaron*, etcétera (cf. Martín Zorraquino, M^a A., y J. M^a Enguita, *Las lenguas de Aragón*, Zaragoza, CAL, 2000, pp. 20-21).

³¹ Lacarra, J. M^a, «Honos y tenencias en Aragón en el siglo XI», *Cuadernos de Historia de España* (1967), Buenos Aires, p. 152. El condado de Aragón, al que pronto se agregarían los de Sobrarbe y Ribagorza, constituía un conjunto de tierras muy pobres y escasamente pobladas, carentes de un centro que promocionase la cultura, a excepción de Jaca. Necesitaban descender al sur en busca de territorios más ricos, capaces de nutrir a una población más numerosa, y ello solo se podía hacer uniéndose con Navarra y contando con la colaboración interesada de sus aliados y parientes del sur de Francia.

³² Cf. Alvar, M., *Estudios sobre el dialecto aragonés*, Zaragoza, IFC, 1973-1978, vol I, p. 80, donde dice: «Esta separación lingüística entre alto y medio Aragón se encuentra relacionada —al menos en los documentos publicados— con un motivo histórico: la reconquista y repoblación del valle del Ebro».

adelante. A estas tres lenguas habría que sumar el uso del hebreo en las aljamas y el árabe propio de la abundante población morisca del valle del Ebro y el Bajo Aragón.

A lo largo del medievo, a excepción de la franja oriental, el aragonés fue la lengua del reino, a nivel tanto hablado como escrito, y su uso se impuso en la cancellería y sus relaciones con las coronas de Navarra, Castilla y Portugal, así como con los monarcas de Granada y Marruecos y, claro está, en la administración de las villas.³³ En esta modalidad, llamada *lengoage de Aragón* o *romanz vulgar* por el Vidal mayor, se redactaron libros de cuentas, documentos reales³⁴ y notariales, así como compilaciones jurídicas y traducciones de Plutarco y Tucídides y crónicas escritas bajo el patrocinio de Juan Fernández Heredia.³⁵

Con el asentamiento de la monarquía en Zaragoza y su vinculación a los destinos de Cataluña, Valencia e islas Baleares, los valles pirenaicos, con sus usos y costumbres, y lo que es más, su lengua, quedaron alejados para siempre y el romance aragonés se vio progresivamente constreñido a los valles pirenaicos y el somontano, por la presión avasalladora del castellano. Su progresiva absorción, iniciada especialmente con la implantación de la dinastía de los Trastámaras, como consecuencia del Compromiso de Caspe (1410), se hizo imparable a partir de la unión de las coronas castellana y aragonesa en las personas de Isabel y Fernando (1476), tanto a nivel administrativo como de las élites urbanas, hasta imponerse en los estratos más populares de la población del valle del Ebro y su entorno más próximo.

Todo parece dar a entender que la monarquía aragonesa del bajo medievo no se interesó en dotarse de una lengua propia, similarmente a lo que ocurrió en Navarra, propiciándose de este modo la implantación del castellano especialmente en el área literaria,³⁶ de tal modo que ya a mediados del siglo xv el castellano en Aragón era una lengua de más uso entre la clase dominante y a fines del siglo los documentos municipales de Zaragoza muestran ya una plena convergencia del aragonés con el castellano. Los castellanismos se hicieron cada vez más presentes incluso en el catalán, coincidiendo con la decadencia de las lenguas aragonesa y catalana. Fue a partir del siglo xviii cuando se produjo el cambio en la concepción del aragonés, que pasó a ser una simple modalidad del castellano, con la consiguiente pérdida de identidad propia, llegando a afirmaciones tan disparatadas como la expresada por

³³ Cf. Colón, G., *El español y el catalán juntos y en contraste*, Barcelona, Ariel, 1989, p. 238.

³⁴ Los funcionarios que servían a los reyes, especialmente durante el siglo xiv, se expresaban indistintamente en catalán y en aragonés, como lo muestra Bernat Metge, secretario de Pere el Ceremoniós, Joan I y Martin l'Humà, el cual se expresa en un acta de 1371 diciendo: «havia de poder redactar correctament cartes en las tres llengües oficials de la Corona d'Aragò, llatí, català y aragonés» (tomado de Badia, L., y X. Lamuela, *Obra completa de Bernat Metge*, Barcelona, Selecta, 1975, p. 11). Igualmente, los monarcas se sirvieron indistintamente de las dos lenguas, como se advierte con Pedro III en 1277 y Pedro IV en 1334, el cual utilizaba frecuentemente el aragonés.

³⁵ Cf. Egido, A., y J. M^o Enguita (eds.), *Juan Fernández Heredia y su época. IV Curso sobre lengua y literatura en Aragón*, Zaragoza, 1996. Desgraciadamente, el intento del gran maestro de la orden sanjuanista de dotar al aragonés de capacidad literaria se vio interrumpido.

³⁶ Cf. Martín Zorraquino y Enguita, *op. cit.*, pp. 31-35.

Manuel Lasala, según el cual el castellano se perfeccionó antes en Aragón que en Castilla, o la del manuscrito inédito *Sobre la lengua aragonesa*, en el que se dice que todas las lenguas romances de *Hispania* proceden del vascuence.³⁷

Con el romanticismo, coincidiendo con la *renaixença* catalana y el *rexurdimento* gallego, se fija la imagen folclórica y el arquetipo de *baturro* = *aragonés*, sin percibirse la originalidad de las hablas altoaragonesas, partiendo del axioma de que el aragonés y el castellano eran un mismo idioma. Las pocas observaciones que los autores del siglo XIX hacen sobre las modalidades lingüísticas peninsulares distintas del castellano, catalán y portugués son simples anécdotas, algunas en tono jocoso, pero siempre despectivas y carentes de rigor científico. Solo a partir del siglo XX los autores advierten el hecho diferenciador del altoaragonés y los filólogos redescubren el romance aragonés y en particular el de la región norteña.³⁸ Con el Consello d'a Fbla Aragonesa (1976) se inicia su estudio desde una perspectiva autóctona, abandonando la imagen que identificaba el aragonés con el habla del valle del Ebro y de la ciudad de Zaragoza.³⁹ Fue a lo largo del siglo XX y preferentemente en su segunda mitad cuando, al compás del desarrollismo industrial en los grandes núcleos urbanos catalanoaragoneses, se produjo el abandono casi masivo de la población del Alto Aragón y del Somontano, y con él la pérdida de la cultura agropastoril, lo que produjo una grave crisis de supervivencia en sus modos de hablar.

EL OCCITANO EN ARAGÓN

La política urbana en el reino de Aragón se inició, como se sabe, en Jaca con Ramiro I (1035), al instalar en ella su capital y la sede episcopal. De ese modo convirtió el antiguo *castrum* o *villa regia*, poblado por campesinos y pastores, en un centro con capacidad de acogida para gentes procedentes de Francia en su paso a *Hispania* por Somport. En Jaca se bifurcaban los caminos que enlazaban con los reinos de Navarra y Castilla, y que a su vez coincidían con el que seguían los peregrinos que

³⁷ Cf. Vicente de Vera, *op. cit.*, pp. 28-30. Asimismo se puede consultar el trabajo de Aliaga, J. L., «Nuevas notas para la historiografía del habla de Aragón», *AFA* (1994), pp. 21-44.

³⁸ Cf. Saroihandy, J., «Vestiges de phonétique ibérienne en territoire roman», *Revue Internationale des Études Basques*, VII (1913), pp. 475-497; Umphrey, G. W., *The Aragonese dialect*, University of Washington, 1913; Elcock, W. D., *De quelques affinités phonétiques entre l'aragonais et le béarnais*, París, Droz, 1937; Kuhn, A., *Der hocharagonesische Dialekt*, *RLiR*, XI (1935), pp. 1-312; Rohlf, G., *Le gascon*, Halle, Niemayer, 1935; Alvar, M., *El dialecto aragonés*, Madrid, Gredos, 1953. Algunos, como es el caso de Santiago Ramón y Cajal, al referirse a Ayerbe (1860), dice que en dicha villa «se habla un dialecto extraño y desconcertante, revoltijo de palabras y giros franceses, catalanes y aragoneses antiguos» y cita algunos ejemplos, como *forato*, *muller*, *fierro*, *en tiengo*, *dámene*, etcétera —cf. Ramón y Cajal, S., *Mi infancia y juventud*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.

³⁹ Considero carente de valor científico e incluso ofensiva la opinión expresada por Gregorio Salvador en una conferencia pronunciada en la Fundación Juan March (Madrid, 1986), en la que dijo: «Sorprende singularmente que también en esa región hayan surgido veleidades idiomáticas y exista algún grupo dedicado a inventarse una lengua aragonesa, la *fabla*, que le llaman, de la que incluso han publicado una gramática, mezclando rasgos y particularidades de la media docena de dialectos románicos cuyos rasgos aún perviven en algunos valles del Pirineo de Huesca». Cf. *Mapa lingüístico de la España actual*, Madrid, 1986, pp. 50-51. En parecidos términos se expresa Juan A. Frago en su reseña al artículo de Buesa, T., «Estado actual de los estudios sobre el dialecto aragonés», *AFA*, XXVIII-XXIX (1980), p. 357.

se dirigían a Santiago y el de la antigua vía romana que unía el Béarn con Zaragoza. Por él acudieron los cruzados al valle del Ebro y por él transportaban los sarracenos sus mercancías.⁴⁰ Gracias a sus peajes, la monarquía aragonesa de la primera mitad del siglo XI contó con unos ingresos saneados que le permitieron la construcción de la catedral y la dotación de su sede.

Sancho Ramírez, siguiendo esta política, otorgó a sus nuevos vecinos un fuero, concediéndoles la libertad de comerciar, la ingenuidad o estatus de hombres libres o «francos», etcétera, lo que dio como resultado la formación de una clase media o burguesa dedicada a la producción de artículos artesanales y el comercio, con la sola limitación de no vender sus propiedades a la Iglesia o a los infanzones.⁴¹ Los reyes navarroaragoneses buscaron, sobre todo, tanto en Jaca como en los burgos de Pamplona, Estella, Sangüesa y Puente la Reina, la implantación de gentes ultrapirenaicas con objeto de dinamizar su sociedad. Esta política fue posible gracias al Camino de Santiago y a las relaciones matrimoniales y personales de los reyes Sancho Ramírez y Alfonso el Batallador con la nobleza del sur de Francia, así como con la venida de preladados y abades de igual procedencia.⁴² La nueva población se componía de dos burgos, el de *San Jaime*, dentro de los muros, y el *Burnau* o *Burgo Novo*, en el arrabal, integrado por gentes procedentes del Béarn, la región de Toulouse y la ruta de Provenza. El *Burnau* era el primer barrio que encontraban los peregrinos que penetraban en Aragón pasando por Somport, y sufrió un ataque de los navarros de García el Restaurador contra Ramiro II. A fines del siglo XI se detuvo la expansión de la ciudad al dejar esta de ostentar la capitalidad del reino, que había pasado a Huesca (1096), y algo más tarde y de forma definitiva a Zaragoza (1118). Quedó reducida a una pequeña ciudad de montaña, núcleo de un pequeño territorio equivalente al del antiguo condado, como etapa del camino jacobeo y frontera de la ruta comercial entre Francia y España.⁴³

Los historiadores distinguen entre los que acudieron a las tierras aragonesas desde el sur de Francia dos corrientes inmigratorias: los que se instalaron en Jaca,⁴⁴ Pamplona, Estella, Sangüesa y Puente la Reina, acogidos expresamente por los reyes y privilegiados por ellos con un Fuero propio, y los que acudieron a la conquista de Huesca y del valle del Ebro (Tudela y Zaragoza). Los primeros se expresaron en occitano y los segundos optaron bien por quedarse y asimilarse, de

⁴⁰ Cf. Lacarra, J. M^o, «Un arancel de aduanas del siglo XI», en *Actas del Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos*, Zaragoza, 1950; «Desarrollo urbano de Jaca en la Edad Media», *EEMCA*, 4 (1951), pp. 139-155.

⁴¹ En efecto, en una disposición real (1092) se dicta que «non vendas neque dones eam [proprietatem] ad ecclesiam, neque ad infanzones, nisi ad mercadante aut ad burçes». Tomado de Lacarra, «Desarrollo urbano...», art. cit., p. 146, n. 19.

⁴² Frotardo, abad de Saint-Pons de Thomières, nombrado delegado papal por Gregorio VII para el norte de los reinos cristianos de la península, consagró a Pedro, de origen occitano, como obispo de Jaca (1086) y a Ponz, monje de Saint-Pons de Thomières, para la sede de Roda. Alfonso el Batallador puso a Pedro de Librana, clérigo bearnés, al frente de la de Zaragoza, y a Miguel, canónigo de Saint-Sernin de Toulouse, de la de Tarazona.

⁴³ Cf. Buesa, T., «Aspectos de Jaca medieval», *AFA*, xxvi-xxvii (1984), pp. 99 y ss.

⁴⁴ Cf. Alvar, M., «Colonización franca en Aragón», en *Estudios sobre el dialecto aragonés*, cit., I, pp. 85-106; «Pobladores gascones y dialecto aragonés en un documento de c. 1187», *ibíd.*, II, pp. 33-54.

modo que perderían su lengua materna y adoptarían el aragonés, bien por retornar a sus lugares de origen.⁴⁵

La población ultrapirenaica asentada en Jaca en los barrios de San Jaime y Burgnau, al amparo del Fuero otorgado por Sancho Ramírez, permaneció en la ciudad fiel a su lengua hasta comienzos del siglo XIV.⁴⁶ A pesar de la pérdida de la capitalidad del reino y de las fricciones con el reino de Navarra, su población siguió expresándose en occitano, como lo muestran la versión occitana del Fuero, los *Establimentz* y la documentación notarial.⁴⁷

Del estudio de la población jaquesa de la primera mitad del siglo XII se deduce que el 67,33% eran procedentes de fuera de Jaca, y de ellos el 78,85% lo eran del otro lado de los Pirineos.⁴⁸ Muchos de ellos ejercían los oficios de *çabater*, *ferrer*, *pelicer*, *seler*, *mercer*, *colteler*, *carpenter*, *moneder*, *panier*, *trosseler*, *texener*, *tascher*, *mayner*, etcétera. Asimismo en el siglo XIII se observa que, entre los confirmantes de los *Establimentz*, el 23,5% era de origen ultramontano, con predominio de los departamentos del sur de Francia: Toulouse, Lescar, Morlaas, Condom, L'Isle-Jourdain, así como Le-Puy, Cahors, Moissac, Agen, etcétera; Limoges, Saint-Sever y la Provenza (Avignon y Montpellier).⁴⁹

El conjunto de textos conservados⁵⁰ está muy lejos de la relativamente abundante *scripta* occitana de Navarra y se circunscribe exclusivamente a Jaca, donde fue sin duda la primera lengua notarial y, como explica Maurice Molho, «un langage hybride ou au fonds gallo-romain importé qui se transmet de génération en génération a l'intérieur du bourg où se superimpose l'aragonais des autochtones».⁵¹ Como aragonesismos o hispanismos podrían citarse, entre otros, la reducción sistemática del diptongo latino *au* > *o* (*Lorent*, *cosa*), la diptongación en voces como *venientz*, *fuer*, *tiengon*; la conservación de la *-d-* (*possedera*, *fidanzas*, *credutz*, *padul*); las

⁴⁵ Defourneaux, M., *Les français en Espagne*, París, PUF, 1949, p. 221, refiriéndose a este hecho, dice: «dans beaucoup de cas ils s'hispanisèrent au contact des populations voisines et finirent au bout d'une ou deux générations par être entièrement assimilés. Ceux qui essayèrent de résister se heurtèrent à la mauvaise volonté des souverains et de la population et furent finalement obligés de céder et d'abandonner leurs domaines».

⁴⁶ Cf. Molho, art. cit.

⁴⁷ Cf. Molho, *op. cit.*, XI, donde dice: «solo en Jaca predomina hasta últimos del siglo XIII el lenguaje importado de Francia». En otro lugar, Molho, art. cit., p. 193, añade: «Les populations qui s'y établirent venus du Gers et du Languedoc y ont amené leur langue, qui sera celle dans laquelle sera rédigé au XIII^e siècle le Fuero de Jaca». Vid. Sangorrín, D., *El libro de la cadena del concejo de Jaca*, Zaragoza, 1979², pp. 369-383, 385-388. Es de gran interés cuanto expone F. Nagore Laín en su trabajo «Los Pirineos: un nexo entre el occitano y el aragonés», *Revista de Filología Románica*, 18 (2001), pp. 261-296.

⁴⁸ Cf. Ubieto Arteta, A., «Sobre la demografía aragonesa del siglo XII», *EEMCA*, VII (1962), pp. 578-598.

⁴⁹ Alvar, M., «Onomástica, repoblación, historia», en *Estudios sobre el dialecto aragonés*, cit., I, pp. 197-225.

⁵⁰ No pueden considerarse como pertenecientes al occitano transpirenaico jaqués las composiciones poéticas de los trovadores aragoneses Tomás Periz de Fozes y Peire de Monzó, y menos aún las de los trovadores occitanos que vivieron en la corte de Alfonso II, como Giraut de Luc o Pertran de Born, y otros como Peire Rogier, Peire Vidal, etcétera, porque todos ellos redactaron en el occitano trovadoresco, caracterizado por ser un lenguaje muy sofisticado y alejado del occitano común. Cf. Riquer, M. de, «Thomas Periz de Fozes, trovador aragonés en lengua provenzal», en *AFA*, III (1950), pp. 5-23; «La littérature provençale à la cour d'Alphonse II d'Aragon», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, II (1959), Poitiers, pp. 177-201; Clouzet, I., «Princes et troubadours de la maison royale de Barcelone-Aragon», *BRABL*, XXVII (1957-1958), pp. 321-373.

⁵¹ Cf. Molho, art. cit., p. 193.

fomas verbales *diçe, façe, se dize, se pode*; o los pretéritos simples *comproron, tengoron, recebom, tengom, vendom*, o el sintagma *en lo dit molin* (por el occitano *el dit molin*), así como el sistema de los posesivos. La consideración de Maurice Molho, según la cual se pueden distinguir dos variantes dialectales en el occitano transpirenaico, la jaquesa y la navarra, la confirma Jordi Colomina i Castanyer,⁵² para quien pertenecerían a la variedad jaquesa los manuscritos A1, A2 y O, además de los documentos notariales y los *Establimentz*, por el mantenimiento de la *-a* postónica en los plurales femeninos, así como en las desinencias del presente de indicativo de los verbos en *-ar*.

EL CATALÁN DE LA FRANJA

Aragón presenta al este, en los límites con las tierras catalanas de Lérida y Tarragona y de Castellón, una zona que se extiende de norte a sur a lo largo de las provincias de Huesca, Zaragoza y Teruel, desde Benasque hasta Peñarroya de Tastavins, en el límite con la provincia de Castellón, llamada por los catalanes *Franja de Ponent*, y *Franja Oriental* o *de Aragón* por los aragoneses,⁵³ en la que se distinguen desde el punto de vista geográfico-económico tres zonas diferentes: la primera comprende el área del Ribagorza central, marcada al norte por el territorio incluido entre el Ésera y el Noguera Ribagorzana, donde se localizan hablas altorribagorzanas con rasgos aragoneses y catalanes y donde predomina una economía basada en la agricultura y la ganadería de montaña, así como un incipiente turismo. La segunda sería el área de la Litera y el Bajo Cinca, entre Camporrells y Mequinzenza, con predominio del regadío y explotaciones frutícolas y municipios que se han desarrollado modernamente gracias al canal de Aragón y Cataluña. La tercera comprende la cuenca del Matarraña, Faió, Nonaspe, Peñarroya de Tastavins y Aguaviva, que se caracteriza por una actividad basada en la agricultura —parte de regadío y parte de secano— y la ganadería de secano. Históricamente habría que distinguir la zona comprendida por la Ribagorza central y la Litera —que formaron parte del reino de Aragón desde la anexión de Sobrarbe y Ribagorza con Ramiro I—, la zona meridional al sur de Tamarite de Litera —reconquistada hacia 1145 y repoblada por catalanohablantes— y la turolense —que lo fue entre 1171 y 1194 y se extiende hasta la margen del Guadalope, de habla aragonesa por haber sido repoblada por aragoneses.⁵⁴

En la zona norte se desarrolló un tipo de romance primitivo con características propias, debido a la influencia fonética de tipo vascoide y que subsistió frente al

⁵² Cf. Colomina i Castanyer, art. cit., p. 733, donde el autor considera que casos como la conservación de la *-o* en la primera persona singular del presente de indicativo, igualmente de la *-e* en la tercera singular y los perfectos en *-ó* se deberían al contacto de la población aragonesa con la gascona y languedociana en Jaca.

⁵³ Cf., entre otros, Martín Zorraquino, M. A., y M^o Rosa Fort, «La frontera catalano-aragonesa», en *Manual de dialectología hispánica. El español de España*, Barcelona, Ariel, 1999, pp. 293-304; Espluga Trene, J., «Identitats i territoris fragmentats a la Franja», *Serra d'Or*, 530 (2004), pp. 20-21.

⁵⁴ Cf. Sanchís Guarnier, H., «Noticia del habla de Aguaviva de Aragón», *RFE*, xxiii (1949), pp. 15-65.

romance proveniente del interior de Aragón.⁵⁵ Sobre esta base originaria se proyectó una influencia catalana y, como consecuencia de ella, sus habitantes pasaron al dominio lingüístico catalán, conservando sus rasgos originales. Esta influencia se ejerció a partir de la Seo de Urgell y de los monasterios de Pallars y Ribagorza dependientes del obispado de Roda.⁵⁶ No hubo repoblación en esta zona, pues no fue reconquistada. En ella se observan tres áreas lingüísticas diferentes: una al oeste, de predominio aragonés; otra en el centro, de transición, y la tercera más al este, claramente catalana. Todo el dominio participa con desigual intensidad de los rasgos propios del ribagorzano —subdialecto del catalán noroccidental y del aragonés—, como la palatalización de la lateral en los grupos *pl-*, *cl-*, *fl-*, *bl-*, *gl-*, por ejemplo *plloure*, *fllama*, *publle*, etcétera; la palatalización de *g^v*, *j*; la pérdida de *s* sonora o la conservación de *-b-* en los imperfectos de indicativo de los verbos en *-er* e *-ir*.⁵⁷

Contrariamente a lo que sucede en la Ribagorza y la Litera, donde los límites lingüísticos entre aragonés y catalán no son precisos, en el Bajo Cinca y el Bajo Aragón el paso del catalán al castellano-aragonés es brusco. Ello se explicaría, como se ha dicho anteriormente, porque el territorio de dominio catalán fue repoblado por catalanohablantes.⁵⁸

De acuerdo con M^a Antonia Martín Zorraquino y M^a Rosa Fort, en todo el dominio fronterizo se da una diglosia funcional, según la cual sus habitantes se sirven oralmente, a nivel familiar y representativo, de sus variedades vernáculas, y del castellano a nivel escrito.⁵⁹ Modernamente, tras la resolución del Ministerio de Educación y Ciencia de 18 de julio de 1981, el Gobierno autónomo de Aragón regula la impartición de la lengua catalana con carácter voluntario, tanto en centros de enseñanza primaria como secundaria, junto con la enseñanza del castellano.⁶⁰ La denominación de *chapurriau* o *xapurriat* comienza a ser considerada como peyorativa y propia de gentes más iletradas y reaccionarias. En su lugar se prefiere la de *atalà*. No obstante, la falta de motivación, especialmente entre los jóvenes, y la despoblación rural, así como el impacto aculturador del turismo, están actuando poderosamente en la descatalanización lingüística de la región.

⁵⁵ Cf. Coromines, J., *Estudis de toponímia catalana*, 1, Barcelona, Barcino, 1965, p. 121.

⁵⁶ Cf. Moran i Ocerinjuregui, J., *Treballs de lingüística històrica catalana*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994, pp. 129-140.

⁵⁷ Cf. Veny, J., *Els parlars catalans*, Palma de Mallorca, Moll, 1982, pp. 142-148.

⁵⁸ Son de interés los estudios lingüísticos de los profesores Rafel i Fontanals, J., «La importància lingüística de les zones de frontera: la regió del Matarranya», en *Jornades de la Secció Filològica del IEC a la Franja (Calceit i Fraga)*, Barcelona, 1999, pp. 17-46; Monclus i Esteban, J., «Història de la llengua catalana a la comarca de Matarranya», *ibíd.*, pp. 47-58; Blanc, M., «El parlar de Calceit comparat amb el de la Terra Alta», *ibíd.*, pp. 67-74.

⁵⁹ Martín Zorraquino y Fort, art. cit., pp. 302-303.

⁶⁰ Cf. Quintana, A., y H. Moret, «El marc legislatiu del català a l'Aragò», *Serra d'Or*, 530 (2004), pp. 31-34.